

Yasunari Kawabata

SEGUNDO
MATRIMONIO



emecé

Yasunari Kawabata

Segundo matrimonio

Traducción del original japonés: Amalia Sato y Mami Goda

I

Cuando nos casamos, yo tenía treinta y cinco y ella veintiocho. Primer matrimonio para mí, el segundo para mi mujer. Con su anterior marido había tenido dos hijos, que quedaron a cargo de la familia política, pues al enviudar ella abandonó el hogar. Nos conocimos en su trabajo y nos casamos.

No pudimos tener hijos y como me sentía en parte responsable, varias veces le propuse recibir a uno de los suyos (al varón o a la niña, que a mi juicio lo merecía más), pero nunca me prestó atención y yo no insistía pues no era un asunto perentorio.

Fue el hermano menor de su difunto marido quien los crió junto con su esposa. Era soltero cuando su hermano había fallecido, y mis suegros habían propuesto que se casara con la viuda. Pero a ella la idea no le gustó y se fue de la casa. La nuestra era su segunda experiencia matrimonial y, como yo ya tenía mis años, no quise indagar

sobre el pasado, menos al principio y sabiendo que era madre de dos hijos que vivían aparte.

Pero tal vez por no tener hijos propios, de a poco los suyos empezaron a frecuentar nuestra casa, y no sé decir si fue ella la que propició el acercamiento o ellos, e ignoro si ocurría ocultándolo de la otra casa o con autorización. No estaba al tanto de los detalles y sin mostrarme estricto, los acogí de un modo natural.

Por supuesto que durante un tiempo tanto ella como sus hijos desconfiaron de mis sentimientos. Pero con el paso del tiempo sus prevenciones se fueron diluyendo. Cuanto más se estrechaba nuestra relación, más se distanciaban ellos de la familia paterna. Para mí esto no planteaba ningún problema psicológico serio y consideraba, en todo caso, que podía suscitarse algún conflicto moral externo. Así que decidí mantener prudente distancia. Aunque ellos parecían no darse cuenta de mi cuidado o tal vez sí pero nada manifestaban.

Sin agitar turbidez ni provocar ondas, sus hijos y nosotros nos entregábamos sin competir al lecho de un único río, a pesar de nuestras velocidades tan diferentes. Pero una de las corrientes se estrelló contra una roca y el agua se arremolinó de un modo salvaje alterando al resto. Y fue por el casamiento de la hija.

Al enfrentar la inminencia de la boda, se despertó su deseo por entender el matrimonio de su padre difunto con su madre y este segundo, o sea el mío. La impulsaba una suerte de fuerza celestial, un rayo vitalista que fuimos incapaces de detener. Era su temeridad de virgen lo que la movilizaba —aunque dudo que lo siguiera siendo— pero por algún motivo así se manifestaba y para alguien trivial como ella resultaba algo indomable, a pesar de la inminencia del desastre. Hasta parecía que el inicio de su matrimonio y su felicidad pudieran tambalear en este punto. Y era imposible hacer caso omiso.

Sin duda nos desafiaba a transitar otra vez y sin fingimientos el pasado que habíamos atravesado con engaños. Y yo sabía que la verdad precisa que buscaba en nuestra vida matrimonial nunca había existido, pues no había sido nuestro propósito y era para mí una mera ilusión adolescente. Ante su requerimiento podíamos hacerle una abierta confesión pero era evidente que no la soportaría. La honestidad así procurada no es, a fin de cuentas, algo confiable y acaba resumida en un punto de vista o un rasgo de personalidad. De hecho, si mi esposa y yo hubiéramos confesado todo descarnadamente, la versión de nuestro matrimonio habría sido bien diferente en sus dos variantes. Y la hija se habría asustado y habría

quedado marcada con la duda y la decepción. Jamás nos habíamos exigido confesiones, nunca nuestros corazones demandaron algo semejante como hábito.

Y no era solo sobre nosotros que quería información sino también sobre la relación de su madre con el difunto. Y se fue abriendo una grieta por donde un demonio podría pasar su mano. El muerto, con su silencio absoluto y mítico, volvía a la vida con todo su poder y pureza. Me pregunté si su curiosidad había surgido por diarios o cartas encontrados que, de existir, podían convertirse para ella en fragmentos de una indubitable verdad que nadie sería capaz de cambiar o borrar. Y empecé a sentir cierta inquietud e incluso curiosidad por la eventual existencia de un diario.

Con estos sentimientos dudé si, por haberse casado dos veces, mi esposa habría conservado o no su identidad. Y si bien puede sonar obsceno y suscitar controversia, teniendo la edad que tengo, entiendo que su conducta sexual no podía ser la misma con ambos. La emotividad sexual concedida por una misma mujer a dos hombres distintos seguramente no es la misma en su calidad, y es imposible evaluar de inmediato su mutación y desarrollo.

Y para que la evidencia de este cambio y su transcurso no se conviertan en locura y destruc-

ción, como en cualquier evento humano es importante trazar límites. Particularmente la vida matrimonial se ha de acomodar con calma, y no es tan sencillo que la capacidad de comprensión de una jovencita acompañe su curso. Podría suceder que con el tiempo el deshonesto seductor contaminara la relación con ciertos visos impuros pero también que ciertos hábitos inculcados o preferencias instigadas por la pareja anterior fueran simientes de celos y odio no percibidas. Y la cuestión se parece a la relación que se plantea con una prostituta entrenada o una criada más instruida. Pero lo cierto es que, aun con ciertas sospechas, aceptamos lo que la vida femenina nos concede como un don divino o un beneficio natural. Y a los hijos de otra relación los recibimos con afecto, sin importarnos que duerman en nuestra casa.

De explicarle ciertas cosas a la hijastra, temí que lo tomaría más como una perversión que como una maldad a rechazar, a pesar de ser ella la que incurría en contradicción, por ser hija del anterior marido y frecuentar mi casa e intimar conmigo; y ahora para colmo agitada por la emoción de su inminente casamiento, y alterada por esa insistencia en retornar al pasado del primer matrimonio. Hasta tal profundidad se atrevía a escarbar. ¿Pero qué haría con la cruda y fresca

herida que se provocaría desenterrando salvajemente lo que estaba oculto? Pretendía vislumbrar un arco iris en la tierra.

En todo caso, puso en riesgo nuestra paz y calma. Ya soy viejo y la tristeza de esta indagatoria por un amor impoluto atenaza mi corazón, al tiempo que el cosquilleo por seducir lanza sus sombras; y resulta una negligencia, desde un punto de vista ético, aceptar este cariño que exige ciertos recaudos. Al contrario de un jovencito que se lanza a sus fantasías, en el arrepentimiento de viejos como yo, la fuerza superior de la silueta de la joven avasalla nuestra fisiología. Sin proponérselo provoca un temblor que mi corazón no habría conocido. Con gestos inexpertos tocó viejas y flojas cuerdas, que temí se cortaran, y que me sorprendieron con los estridentes sonidos que lanzaron.

Tal vez no sea algo que se condiga con mi edad o resulte conveniente pero, incitado por lo que sucedía con mi mujer y su hija quien como una ola golpeó en mi vida y derramó su resplandor, sentí el deseo de dejar un registro escrito. Claro que no se lo mostraré a ellas ni pienso conservarlo para mí. Es solo un escape a mi ansia. Quizás haberme acordado de mi amigo escritor A. G. me haya impulsado y no descarto la idea de enviárselo.

Dejo a su criterio destruirlo o reformularlo, si

es que vale como material. Pero si se le ocurriera escribir una novela basada en estos hechos, preferiría que dejara pasar cinco o seis años, lo cual amenguaría el nivel de tragicomedia. No deja de sorprenderme este deseo de mostrarle a A. G. el diario que les niego a ellas. Seguramente se lo confío pues es mi amigo de infancia, y éramos dos devoradores de libros en nuestra época de estudiantes. Hasta para rendir sus exámenes de Psicología, Ética y Filosofía se valió de anotaciones mías.